

# 16 de febrero. VI domingo del Tiempo Ordinario

---

Eclesiástico 15, 16-21 / Salmo 118, 1-2.4-5.17-18.33-34 / 1 Corintios 2, 6-10 / Mateo 5, 17-37

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

El evangelio nos presenta a Jesús y su relación con la Ley. Del Mesías se esperaba que trajera la nueva Torá, su propia Torá. La Torá es el libro que contiene la Ley y la identidad del pueblo israelita. Jesús nos presenta una “nueva” Ley, basada ahora sobre la libertad; ahí radica la paradoja, una Ley para ser libres. Esa libertad, por tanto, tiene un contenido, una orientación, y por ello está en contradicción con todo lo que esclaviza. La “Torá del Mesías” es totalmente nueva, diferente, pero precisamente por eso “da cumplimiento” a la Torá de Moisés.

No se trata de abolir sino de dar cumplimiento, y este cumplimiento exige algo más y no algo menos de justicia: «porque os digo que si vuestro modo de obrar no supera al de los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

Jesús viene a presentar cuatro grandes temas para ponerlos en cuestión; sobre la ofensa, el adulterio, el divorcio y respecto a los juramentos. El Antiguo Testamento dice «no matarás, no cometerás adulterio, no jurarás»: ciertamente, no todos somos asesinos, pero en el interior del ser humano hay ira, odio, violencia; no todos son adúlteros, sin embargo los pensamientos y relaciones de los hombres no buscan la continuidad y la fidelidad; no todos juran, pero si levantan falsos testimonios y no van con la verdad por delante.

Jesús comenzando su predicación sobre el homicidio, cita el libro del Éxodo donde se encuentran escritos los mandamientos, conocidos también como la Ley. Las penas aquí señaladas guardan relación con la gravedad de la ofensa. Jesús presenta algo novedoso para ese momento: la reconciliación.

Siguiendo con la lógica anterior sobre el homicidio, cuando Jesús habla de adulterio no se trata sólo de no cometer adulterio, sino también de no querer cometerlo. Hay que tener también un corazón limpio y desinteresado. El ejemplo de Jesús nos habla del corazón y no de la mirada.

El “cielo, la tierra y Jerusalén” eran fórmulas usadas para evitar jurar por Dios pero se referían a Él como se aclara en los versículos siguientes. Jesús lleva el corazón de la cuestión de los juramentos, votos y promesas al lugar central: la credibilidad personal. La mejor manera de gozar de la credibilidad en el prójimo no es haciendo promesas irresponsables como suelen hacer los demagogos, sino diciendo la verdad.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- ¿Vivo los mandamientos como una norma rígida y pesada con la cual debo cargar, o más bien como aquello que ordena mi vida y me conduce a la libertad?
- ¿Me esfuerzo por vivir los mandamientos cada día? ¿Comprendo que la recompensa está en el Reino de los Cielos?
- ¿De qué sirve cumplir la Ley si carezco de amor? ¿Comprendo que la plenitud de la Ley radica en el amor?
- ¿Qué me dice el mandamiento “no matarás”, siento que me es ajeno? ¿Con que actitudes, gestos o pensamientos elimino a mis hermanos de mi vida? ¿De qué modo vivo este llamo a la reconciliación? ¿Soy de los que esperan que el otro tome la iniciativa? ¿A partir de ahora estoy dispuesto a ser yo quien dé el primer paso?
- ¿Comprendo que Jesús quiere de nosotros corazones puros y limpios? ¿Qué significa para mí vivir la pureza? ¿Qué debo cambiar y/u ordenar en mi vida? ¿Entiendo que solo aquellos que tienen un corazón puro y limpio pueden ver de mejor modo a Dios?

## 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Tú conoces mejor que nadie mi debilidad y mi pequeñez, pero también conoces cuánto quiero responder a tu amor.

Te pido que, así como viniste a perfeccionar la Ley judía, perfecciones la sinceridad, la humildad, la entrega y la pureza de mi corazón.

Te pido que donde esté yo otros puedan verte a ti. Que donde esté yo otros puedan verte en mí. Quiero ser transparencia de tu amor.

Hazme fuente de tus aguas, Señor. Hazme cauce de tu vida para todos. Donde esté yo que puedan verte en mí.